

Contar historias para vivirlas

Margaret Shrimpton Masson

Ola tras ola aniquilan en las playas infinitas de mi interior, el intento por desgastar la roca de mi silencio. Quietud marinalista a rasgar cualquier callosidad, suficiente para abrir el viejo cofre de recuerdos. Donde sólo quedas tú. Aquellos restos que la imaginación dio vida un día...

Presentación del libro *El coleccionista de otoños*, de Joaquín Bestard Vázquez, editado por Compañía Editorial de la Península, Colección Árbol de Libros, Grupo Rivas, Febrero de 2003.

En ésta, su más reciente publicación, Joaquín Bestard nos deleita con una obra que desafía los intentos críticos de encajonar, describir, coleccionar. Es un texto que resiste y niega la comodidad de una clasificación única. Más bien, es liminal, en el umbral entre la realidad y la ficción, entre el dolor y la alegría, entre el grito y el silencio. Tiene la intimidad y la inmediatez que nos ofrece un narrador nato que nos cautiva con sus historias, y a la vez

demuestra un dominio de la complejidad del proceso creativo, consciente del diálogo entre texto y contexto. El texto se construye a partir de una realidad sociocultural, preciso, pero a la vez es capaz de modificarla.

El coleccionista de otoños nos invita a participar en el proceso de escritura, a compartir el nacimiento de una historia, a vivir los dolores de la vida y la agonía de revivirlas a través de las palabras. Las imágenes que

recrean el momento del nacimiento de la escritura son muchas: silencio, llanto, imaginación, invento, memoria, magia. Los espacios son los mundos interiores del artista, donde la poesía da vida y también la quita:

Silencio, sí. Espeso y filoso. Latente. Comparable al chasquido lejano del álamo, apenas lo cercana el hacha de la intemperie. Silencio como aullido de una

Margaret Shrimpton Masson.
Catedrática de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán.



manada de lobos. Silencio equivalente a la congoja de mujeres y, sin embargo, son mis lamentos de hombre. Es mi llanto torrente de silencios. Mi frágil respiración, saliva atrapada en la glotis, mientras mantiene árida la garganta. Gimoteo esparcido, a través del viento punzante de la temporada de fríos. Fluye por mis poros la nota inspirada desde el mástil más alto de la vida, llueve silencio. (Bestard, 2003:13).

En el contexto de las anteriores obras del prolífico y premiado autor, ésta nos sorprende con su intimidad. En los otoños que Joaquín Bestard colecciona aquí, son ausentes, a primera vista, la familia Bech, el pueblo Beyhualé y el monte yucateco. Los personajes —Fredí, Moyo, Teban, Mich y Olegario; Sonia, Narda y María Luisa— son nombres sin

apellido ni abolengo. Sin embargo, al leer la obra me ubico en un mundo beyhualense reconocido: ¿Acaso Fredí no se apellida Bech? Narda y Mandreake ¿son parte de ese mundo mágico de los Fumanchús de Beyhualé (el legendario mago chop)? ¿Será que Beyhualé ahora se trasladó a la costa, imponente lugar de nortes, sargazo, salitre y pelícanos, el único espacio de la vida yucateca poca explorada en su narrativa anterior?

Aquí, Fredí, enamorado de Sonia narra la historia a un grupo de amigos inseparables. Es el mismo grupo de amigos que salieron de Beyhualé para ir a la capital de la República, quienes conocimos en el cuento *Ejercicio de la memoria* (*¡Por Esto!*, 6 de junio de 1999). En aquel cuento, unos años atrás, los amigos andaban de solteros, pero a Fredí (Bech) le toca narrar ahora la transformación de su grupo debido al

amor, el matrimonio y el desamor. Acerca del grupo de Solteros Anónimos sólo se narran historias tristes, las tragedias de todos los otoños que colecciona Fredí. Primero, Moyo, el amigo de allá, del Distrito Federal. Se casa con una mujer sin el consentimiento de su familia, y se rinde frente a las constantes presiones de familia y sociedad, y se suicida con un balazo en la sien. Luego, está la historia de Teban, el soltero para siempre, también presionado por la familia, siempre buscándole la imagen correcta de "hombre de familia". Y Fredí se enamora repentinamente de Sonia:

Sonia irrumpió en mi vida, como suceden las cosas aquí en la metrópoli. ...Descubrí con horror, porque no lo quería reconocer, que constituía la mujer ideal. Entonces se me en-

redaron los pasos y perdí la tabla de las proporciones. En efecto, Vic, el mundo no giró y cambió los polos, sino yo me puse cabeza. ¡Qué te cuento! Le escribí poemas... (2003:34).

Esta historia de amor tampoco pudo realizarse y de nuevo por causa de la familia, la sociedad y la desesperación por cumplir la imagen correcta, conduce a la muerte. Ésta no es suicidio, sino asesinato, y Fredí tiene que matar al poeta que tenía adentro. Sonia es obligada a casarse con otro, y después de cuatro años, tres hijos y un divorcio, Fredí vuelve a ver, como la musa que antes lo inspiraba. Pero, esta vez, ella es un fantasma y él ya mató al poeta que necesitaba de su inspiración:

A mí se me fueron palabras, fuerzas o ganas siquiera de vantarme. Sólo mu-

sité: me casé y ya no soy poeta. Antes de alcanzar a matarme, preferí asesinar a la poesía. Lo siento. (2003:35).

En esta obra hay dos hilos conductores: uno, es el proceso mismo de escribir: otro, el acto doloroso de recordar. Se convierten ambos en tópicos importantes en su amplia obra narrativa, donde la memoria, vinculada con la tradición oral y la historia colectiva de la región ocupa un poderoso lugar dentro de su narrativa escrita. En otros cuentos, Bestard ha experimentado con la fusión de estos dos mundos antígonos: el oral y el escrito, tejiendo un complejo discurso narrativo construido a partir de la oralidad. Los personajes de sus cuentos y novelas viven a través de la tradición oral de la región y a la vez por medio de su pluma, así que reconocemos a los Bech, a Chich, a Nanchichí, a Fumanchú, a Mandrake, Narda y

Fredi, sin saber si surgen del imaginario popular o de las páginas de la ficción. De la misma manera, el autor nos fusiona el mundo exterior del lector y autor real, con el mundo interior de sus narrativas: "Por momentos y mientras leía estos textos, me remontaba a mi niñez y a Beyhualé donde viví una parte de ella y reviví, me revivieron más bien, esos ratos..."; así nos explica al comentar el libro *Relatos del Mayab*, de Vicente Canché Moo.

A lo largo de la novela que en esta ocasión presentamos, Fredi, el narrador, lucha para dominar sus recuerdos de la mujer amada: recordarla es sufrir el dolor de perderla una y otra vez, cada otoño. Escribir, en cambio, le permite recrear la historia de amor y convertirla en una historia limitada por el espacio y el tiempo de la diégesis. Para su construcción le vale inventar personajes para poder liberar los actores originales. Así, pues, teje

un mundo de recuerdos dentro de otra historia sobre el difícil proceso de escribir:

Mira Fredi. Es hora de hablar... Tú me pusiste ahí, fuiste tejiendo alrededor mío como las arañas.

Me inventaste por la necesidad de tener a tu amigo Moyo. Pero además, no me creaste a su semejanza, sino con rasgos de Teban. Tu cuate Teban.

Me hiciste meridano y cómplice a sabiendas que Moyo era de la ciudad de México y nunca se dejaría arrastrar por tus historias. Pusiste tus palabras y locuras en mi boca. Desmenuzaste la realidad y el pasado, para construir el foro del presente, tu Mérida presente, tu México pasado, y ahí, en tu maraña de imágenes indestructibles colocaste a Sonia e inventaste

a Narda. (2003: 87).

Olegario, su alter ego inventado como estrategia narrativa, le acusa de intelectual, de cometer una transgresión, de cruzar del mundo material al mundo ficticio de inventos y recursos literarios. Fredi le responde, volviendo a unir el mundo imaginario con el real.

"No es un cuento, es una historia y las historias se aceptan como suceden o se les transforma en leyendas". (2003:62).

Al final, entonces, triunfa la escritura sobre la vida, sobre las leyes de tiempos y espacios.

Quedará la historia y las palabras para vencer la rigidez mundana y al tiempo. Porque a la eternidad pertenece el vocablo y al futuro los nuevos poetas. Entonces existirán otras mujeres distintas a Sonia y Narda. (2003: 92).